

Amelia Valcárcel

La memoria y el perdón

Herder

Diseño de la cubierta: Claudio Bado

© 2010, *Amelia Valcárcel*

© 2010, *Herder Editorial, S. L., Barcelona*

1.^a edición, 4.^a impresión, 2020

ISBN: 978-84-254-2753-4

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Ulzama

Depósito legal: B-39,412-2010

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
I. QUE ES UN PREFACIO: EN EL PRINCIPIO FUE EL CRIMEN ...	15
II. LA SEÑAL DE CAÍN	27
La moral arcaica	28
El objetivismo moral	29
El mal es conmutativo: intenciones y arrepentimiento	36
Marcas taliónicas: clemencia y ley	39
La ontología de la deuda: purificación y justicia	42
Perdones fundantes	46
Un apunte sobre el maldecir	47
III. LA MORAL DEL OLVIDO	49
Olvido y perdón	53
El derecho de perdonar	56
IV. EL MUNDO DEL PERDÓN	61
De nuevo la clemencia	64
El perdón de los pecados	67
V. UN CAMINO LATERAL INTERESANTE: LA ETOLOGÍA	71
La <i>inventio</i> del perdón	74
El perdón de los débiles	75

VI. EL NUEVO PRECEPTO: «NO OLVIDARÁS»	81
Cuando no hay pago posible	82
Quién debería pagar	86
No debéis olvidar. No puedo perdonar	91
Los crímenes contra la humanidad	95
VII. ARREPENTIMIENTO Y PERDÓN	103
Contrición	106
¿Basta con pedirlo?	107
Una vuelta de tuerca hegeliana	111
Cansancio y perdón	113
Confesando ante el vacío	117
VIII. MISANTROPÍA Y PESIMISMO ANTROPOLÓGICO	121
Nuestros perdones actuales	124
IX. AMNISTÍA Y PERDÓN	129
X. ¿Y AHORA?	135
El mal	137
La globalización del perdón	142

A Olaya Álvarez, mi hija

Introducción

¿Se puede perdonar? ¿Es lo mismo perdonar que olvidar? ¿Qué es perdonar? ¿Quién puede hacerlo? ¿Sirve para algo? Son muchas preguntas, se me puede decir. Pero hay más todavía. Por ejemplo, éstas: ¿Quién guarda la memoria del mal y lo pesa en lo que vale? ¿Qué tiene que ver la justicia con la memoria y ésta con los males que se van sucediendo? ¿Es bueno el rencor? Unas de estas interrogaciones, las primeras, remiten a una acción, el perdonar; otras, las segundas, a su marco, esto es, al espacio de conceptos en que se hace posible.

Si perdonar es difícil, saber en lo que consiste no le va a la zaga. Sí que decimos, y a menudo, la palabra. «Perdón» es en nuestro lenguaje un fático cortés que puede sustituir a un saludo, ser una disculpa trivial, un modo de entrometerse en una comunicación o incluso una forma de agravio si se profiere un buen «perdone usted» con la altivez suficiente. «Perdón», cuando es un fático cortés, funciona igual que otros como él: «gracias» o «por favor», por ejemplo. Se profiere en la situación adecuada y ya está. Pero, aun así, y como los demás fáticos citados,¹ con-

1. En la muy buena introducción al libro *El espíritu del don* (México, Siglo XXI, 1997, pág. 17), Jacques Godbout señala que estas palabras, en su evo-

serva su carga. Pocas veces, sin embargo, emplearemos en serio las formas del verbo «perdonar». «Le perdonó» es más común que «le perdona» y el uso futuro «le perdonará» es poco usual. Y, si en los tiempos verbales cabe hacer estos distinguos, en las personas que los usan es aún más restringido el campo. Porque el uso de ese término no implica que usemos el perdón. Ni tampoco que lo conozcamos.

El perdón es un tipo de novedad normativa que tiene que ver sobre todo con la memoria. La memoria humana, la única que conocemos por otra parte, es singular. Nunca funciona sin un trasfondo valorativo. Eso es lo que este libro se propone analizar. Pero no voy a entender por memoria la capacidad de cada cual de recordar sus propios asuntos. No. Memoria llamo, y así es propio hacerlo aquí, a los recuerdos que tenemos en común. A lo que nos vemos en el caso de recordar porque pertenece a nuestro acervo; porque nos dice de nosotros y conforma nuestra identidad. Abarca lenguaje y técnicas, saberes y normas, artes y ritos. Es la memoria tenida entre y por todos, la memoria común. Esa memoria es enorme.

En España este tema de la memoria está abierto. Palpita. Y por eso es difícil abordarlo desapasionadamente. Sin embargo, hay que hacerlo. El trabajo de la razón es frío y enfría lo que toca. A pesar de un debate sobre la memoria histórica, que se ha ido agriando, no hay tanta bibliografía española o en castellano sobre este tema. España, definida por Machado como «el páramo que cruza la sombra de Caín», es cierto que no acaba de hacer la paz con sus recuerdos. La memoria del mal realiza-

lución social hacia niveles superficiales, formales, «no se neutralizan más que aparentemente»; en realidad, es como si «siguieran conservando su poder de expresión original vinculado con el sentido de las relaciones que presidieron su nacimiento», añadido que muy probablemente en la palabra misma perdón esté la dinámica del don que Godbout magistralmente trata. El perdón es él mismo un tipo de vínculo social primario. Es un Per-don, un supra don.

do produce todavía miedo y resentimiento. No se ha elevado a discurso conceptual. Y vendría bien hacerlo. Tomar la frialdad del análisis es casi obligatorio.

Machado escribió ese terrible verso antes de que la historia le diera una razón doblada y siniestra. Intuyó como poeta lo que flotaba en un ambiente, el nuestro, cerrado durante siglos. La huidiza sombra de Caín se quedó entre nosotros largos años. Se fue haciendo nuestra compatriota antes de que apareciera el propio Caín en escena. Pero, si comparamos, nuestra historia tiene quien la gane a amarga. Reflexionemos que Europa soportó en el siglo xx dos guerras que fueron atroces. Que este continente, que llevaba más de un largo siglo de paz y progreso industrial, tomó todo ese avance y lo llevó a enterrar a las trincheras del Marne. Que Francia, Alemania e Italia, pero sobre todo las dos primeras, se desangraron dos veces con un intervalo de veinte años. Que los países del Danubio sufrieron particiones, invasiones y destrucción. El siglo xx, el siglo convulso, fue tal que no podemos recordar otro similar. Y ahora todo ello sirve sólo a conmemoraciones en una Europa en la que las fronteras no existen. Una Europa que no habría cabido ni soñar durante las dos guerras.

Caín ha hecho su oficio, aquí y fuera de aquí, pero el perdón se ha instalado. No lo olvidamos, pero no tomamos venganza. En esa memoria común, que lo es del daño, el perdón se inscribe dentro de uno de sus tramos. Si la memoria del daño fuera completa, su peso no nos dejaría vivir. El perdón nos permite sanearla, adelgazarla de vez en cuando. Las posibilidades que ofrecen el perdón y el olvido dependen de sus marcos ontológicos. Ésos son los que me propongo revisar. Pero no quiero adelantar acontecimientos. Por el contrario, lo plantearé desde mi propia memoria.

I

Que es un prefacio: en el principio fue el crimen

Ese Caín, antepasado criminal nuestro, que nos viene de los textos sacros,¹ tiene su razón de ser. Los textos sagrados son poderosos y trasladan memorias muy antiguas. Los occidentales somos hijos de la mixtura entre las dos orillas del Mediterráneo. De Grecia tomamos la mitad de nuestro espíritu, el medido y prometeico; la otra vino de las historias compiladas por los rabinos en un pedazo de las costas de Palestina. Y esta del fratricidio original es una de ellas.

Las historias que los relatos religiosos transmiten nunca son inocuas; son viejas y han llegado hasta nosotros por algo y con alguna finalidad. Ésta, de momento, la recordamos. Ellos, Caín y Abel, son los primeros hombres que nacen de mujer. Eran dos hermanos. Uno grato a Dios, el otro menos. Uno, pastor; otro, agricultor. Y el agricultor, envidioso, porque Dios no apreciaba tanto sus sacrificios como los del hermano, comenzó a tener celos y a odiarlo. «Su rostro se descompuso», nos dice el texto.

1. La figura de Caín, con diversos nombres, tiene trasuntos en Mesopotamia, Egipto y los relatos antiguos de todo el Medio Oriente. Su presencia posterior tampoco es menguada. Desde Milton a Byron, de Victor Hugo a Baudelaire, pasando después por el romanticismo decadentista, el personaje siempre tiene reinterpretaciones.

Y también que «andaba con la cabeza agachada». De modo que decidió acabar con el motivo de su pesar; lo llamó al campo y lo mató. Así comenzó la progenie humana, con un crimen.² Ésa es la terrible enseñanza. Una que se ha ido repitiendo, de generación en generación, hasta hace bien poco, en iglesias y escuelas.³ El fratricidio en el origen forma parte de la pedagogía religiosa de los monoteísmos. Sirve para recordarnos nuestra mala índole. Explica nuestras pasiones, bucea en nuestro pasado. Últimamente los que investigan nuestro tipo humano también nos lo insinúan. ¿Nos mezclamos con los neandertales? ¿Por qué su desaparición coincide con nuestro pléroma? ¿Por qué el fratricidio aparece en tantos relatos del origen? Volvemos sobre nuestras historias porque, como digo, guardan memorias muy antiguas.

El relato del crimen originario no es banal y tiene, además, rasgos extraños. Tras el asesinato, cuenta el texto, el criminal fue marcado e indultado. Es chocante. ¿Por qué Dios, que todo lo sabía, no lo borró de la faz de la tierra? Eso ya nos lo preguntábamos desde infantes; y nadie daba una explicación plausible. Pero lo que de niños nos entretiene de adultos nos hace pensar.

Hace algunos años el maestro y respetado amigo Rafael Sánchez Ferlosio me hizo llegar un artículo muy interesante. Su título era «La señal de Caín».⁴ Lo acompañaba con una nota manuscrita: «Querida Amelia: como verás, esto está todavía

2. La historia abre, con la de Adán y Eva, el Pentateuco. Son los cinco primeros libros de la Biblia, la Torá, que el cristianismo tomó del judaísmo, haciendo con ello (debo decirlo) uno de los robos de textos más sorprendentes y espectaculares de la historia religiosa. La narración pertenece al Génesis, 4, 2.

3. El mismo Machado recuerda a Caín en otro de sus poemas, cuando hace memoria de la monotonía de la escuela infantil. Recuerda la tarde interminable, la lluvia, el canturreo de las tablas y escribe: «Es la clase. En un cartel se representa a Caín fugitivo, y muerto Abel sobre una mancha carmín». El fratricidio en el origen forma parte de la pedagogía religiosa de los monoteísmos.

4. Lo hizo en *Claves de Razón Práctica* 64 (1996), julio-agosto.